



ACTO IV

La plaza de San Juan de Latrán. — Fachada del templo,
con su vasta gradería

ESCENA I

CECCO, BARONCELLI, ciudadanos

BARONCELLI. — ¡Sangriento día! ¡amargos laureles!

CORO. — Semejante victoria es derrota.

BARONCELLI. — ¡Amigos, la gloria de un solo hombre nos ha costado muchas lágrimas!

CORO. — Sí; para nosotros el luto; para él, la gloria.

CECCO (*llegando*). — Amigos; ¿sois vosotros? ¿qué males han de cererse aún sobre Roma?

BARONCELLI. — ¡Es Cecco! ¿sabes algo? ¡tu frente palidece de espanto!

CECCO. — ¡En todas partes reinan el miedo y la tristeza; ya nadie tiene fe en Rienzi; Alemania le abandona como á un vano fantasma real!

BARONCELLI.—¡Todo nos desampara! ¡la misma Alemania se alía con el Papa!

CORO.—¡Sí, todo nos desampara! ¡día funesto!

CECCO.—Más aún; ya el Cardenal legado ha salido del Quirinal.

CORO.—¡Qué oigo! ¡cómo! ¡el cardenal!

CECCO.—Después de su evasión, Colonna, según dicen, firmó un pacto con la Iglesia, y uno de sus más firmes apoyos era el Padre Santo.

TODOS.—¿Qué ha dicho el Papa al tener noticia de su muerte?

CECCO.—La ignora todavía; pero, no obstante, se está fraguando aquí una conspiración.

TODOS.—¿Qué suerte nos aguarda?

BARONCELLI.—Parece que la clemencia de Rienzi fué una verdadera traición.

CORO.—¡Tal sospecha! ¿en qué pruebas...?

BARONCELLI.—Una palabra bastará. Su hermana ama al hijo de Colonna. Sí, la pérfida indulgencia del tribuno era el precio de una alianza ilustre.

CORO.—¡Cómo! ¡para servir á tales empresas corre á raudales la sangre del pueblo! ¡Traidor! ¡traidor! Pero, al menos, tendrás pruebas, tendrás testimonios de su crimen. ¡Dalos á conocer!

ESCENA II

Los mismos, ADRIANO

ADRIANO (*embozado en su capa, se ha deslizado entre los grupos*).—¡Es verdad! ¡yo lo afirmo!

TODOS.—¿Quién eres tú?

ADRIANO (*descubriéndose*).—El hijo de Colonna. (*Para sí.*) ¡Padre mío! ¡cruenta sombra! parece que me oye. (*Mirando fijamente ante sí.*) ¡Ah! ¡ese fantasma me es-

panta! ¡aparta de mí tus ojos! Voy á complacerte, vengándote sin dilación. (*En alta voz.*) ¡Sí, ciudadanos, soy yo, el hijo de Colonna! ¡Debo hablar, si! ¿quién se sometería á la ley de ese tribuno? Rienzi subleva contra nosotros la Santa Iglesia y el Emperador.

TODOS.—¡Ah! ¡termine por fin su reinado! ¡nos está inmolando á su grandeza! ¡su traición salta á la vista! ¡Venganza! ¡venganza!

ADRIANO.—Seré el primero en herir.

TODOS.—¡Venganza y muerte al traidor! Cuenta con nosotros.

CECCO.—Ya la aurora nos alumbra; dí: ¿heriremos en pleno día?

BARONCELLI.—¡Rienzi espera ahogar con fiestas las quejas generales! Prepara el *Te Deum* para dar gracias al cielo.

CECCO.—¡De haber sabido engañarnos!

ADRIANO.—¡Pues bien! hiramós durante la fiesta.

CORO.—Hay que herir en presencia de todo el pueblo. (*Raimundo, seguido de sacerdotes y monjes, cruza el teatro y entra en el templo.*)

BARONCELLI.—¡Mirad!

TODOS.—¡El cardenal!

CECCO.—¿Qué viene á hacer aquí?

BARONCELLI.—Ha de entonar el *Te Deum*.

CORO.—Si la Iglesia defiende á Rienzi, vana es nuestra empresa; pues el cielo le presta su apoyo.

ADRIANO.—¡Cómo! ¿se calma y se amortigua vuestro odio? Pues bien, yo solo, aunque sea al pié del ara, descargaré el golpe mortal.

CECCO (*viendo llegar á Rienzi*).—¡Él mismo viene á buscar la muerte! ¡Decide Dios de su destino!

ESCENA III

Los mismos, RIENZI, IRENE, pueblo, etc.

(RIENZI acompañado de Irene y seguido de brillante cortejo se dirige á la iglesia; mas, viendo á los conjurados que, reunidos en las gradas del templo, parecen cerrarle el paso, se detiene.)

RIENZI.—¡ Qué tristes semblantes ! ¿ por qué no formáis parte del cortejo ?

ADRIANO (oculto entre los conjurados).— ¡ Gran Dios ! Irene le protege, como su ángel bueno ! ¿ qué voy á hacer ?

RIENZI.— ¡ Cómo ! ¿ lloráis la pérdida de nuestros amigos muertos en los combates ? Su noble sangre es rocío que baña ardiente suelo, y Roma surge fertilizada del fecundante bautismo. ¡ Cuántos héroes, entre nuestros padres, no sucumbieron en estériles guerras ! Mas vosotros, afortunados en vuestros esfuerzos, lograsteis ser libres, grandes, fuertes, victoriosos ; no me deis á pensar que sois capaces de maldecir un día de gloria. Ahuyéntese la tristeza, y ocupad vuestros puestos junto á mí. Dios, que protege mi raza, y lee en mi corazón, guiará mi brazo vencedor.

TODOS (inclinándose ante Rienzi).— ¡ Viva el tribuno !

ADRIANO (aparte).— ¡ Viles esclavos ! ¿ he de ser yo quien rompa vuestras cadenas ? (Óyese el canto de los monjes en el templo.) « ¡ Væ ! væ tibi ! maledicto !—Jam te justus ense stricto—Vindex manet Angelus ! »

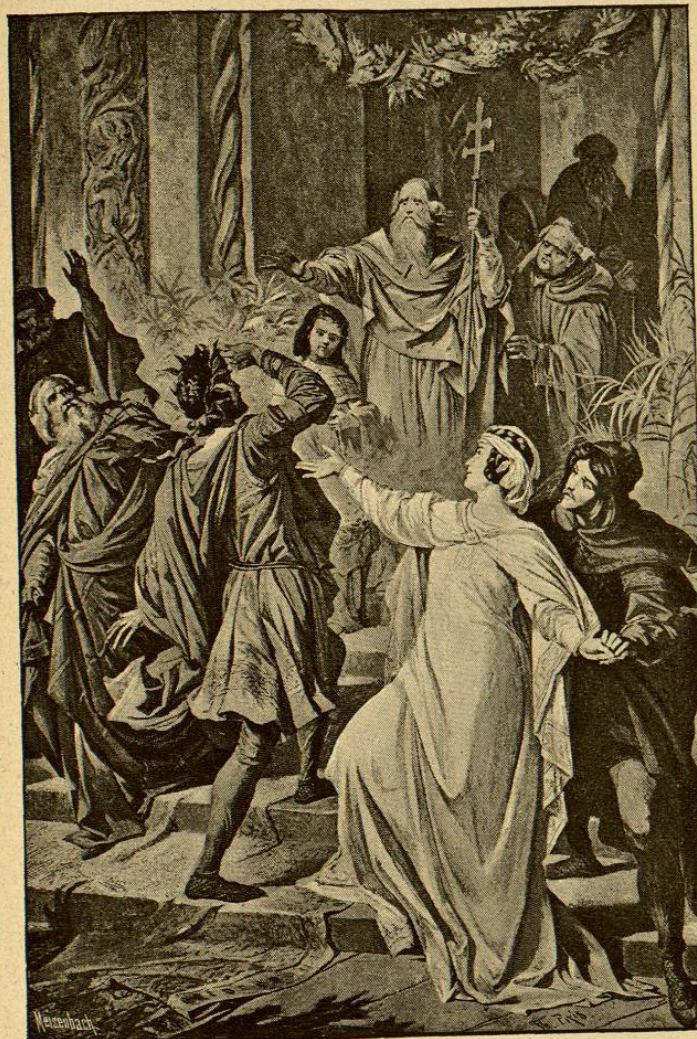
RIENZI.— ¡ Cielos ! ¿ qué oigo ! ¿ me maldicen !

TODOS.— ¡ Qué lúgubres cantos !

CORO (en el templo).— ¡ Væ ! spem nullam maledictus—Foveat ! Gehennæ rictus—Jamjam hiscit flammeus ! »

(Abrense las puertas de la iglesia, viéndose á Raimundo rodeado de sacerdotes y monjas.)

RAIMUNDO (á Rienzi).— ¡ Aléjate del santo recinto !



¡Dios te ha proscrito! ¡Cristianos, en nombre del cielo, huid del maldito!

CORO.—¡Huyamos del maldito!

(La muchedumbre se dispersa aterrada.)

CORO DE MONJES.—¡Væ! væ tibi! maledicto! etc.

(Ciérranse con estrépito las puertas de la iglesia, apareciendo clavada en una de ellas la bula de excomuniôn.)

ADRIANO.—¡Ven, Irene, huyamos de estos sitios! ¡Alejémonos, no vaciles, huyamos juntos!

IRENE *(como saliendo de un ensueño)*.—¡Eres tú? ¡qué escucho! ¡justos cielos! ¡la tierra tiembla en torno nuestro!

ADRIANO.—¡No vaciles, no! ¡sígueme, huyamos... amor mío!

IRENE.—¿Y á mi hermano, qué suerte le espera?

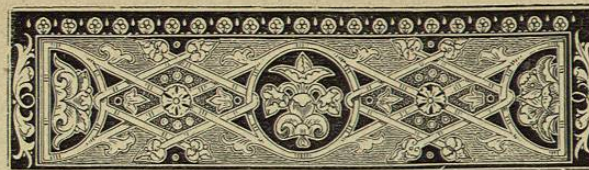
ADRIANO.—Está excomulgado, ¡Dios mismo le hirió con su anatema!

IRENE.—¡Hermano mío! ¡ah! ¡vete, temerario! *(Se precipita en brazos de Rienzi.)* ¡Hermano mío, Rienzi, hermano mío!

ADRIANO.—¡No más esperanzas! ¡también perdida!

RIENZI *(abrazando á Irene)*.—¡Irene! ¡tú! ¡hermana mía! ¡tú eres mi Roma! *(Oyese el canto de los monjes.)*

CORO EN EL TEMPLO.—¡Væ, væ tibi! maledicto! etc.



ACTO V

CUADRO PRIMERO

Una sala en el Capitolio

ESCENA I

RIENZI (*solo*).—¡Dios tutelar, Dios poderoso, vuelve tus ojos á esta tierra! ¡Mi corazón vacila como débil caña á impulso del viento! ¡Dios de luz, en tu auxilio confío, pues de ti emana esta potestad! ¡Me colocaste como á un piloto ante el fatal y temido escollo, tú que devolviste al pueblo ilota sus derechos, su jerarquía, su majestad! ¡Señor! ¿habrías puesto en vano tu divino sello á la obra humana! Ven á disipar la profunda noche que todavía reina sobre la ciudad; surge, ¡oh sol! y haz que la libertad resplandezca sobre el mundo! ¡Dios de justicia, potente Dios; sé mi apoyo en esta tierra. Dios tutelar, Dios vivo, vuelve á mi tus paternos ojos, atiende mis plegarias!

ESCENA II

RIENZI, IRENE

RIENZI.—¡La Iglesia me ha vendido, después de ofrecerme sólido apoyo! ¡El pueblo, que me debe la fuerza que posee, me ha vendido también! ¡Abandonado, aborrecido de los amigos más caros, sólo Dios sostiene mi angustiada fe; sólo Dios, y tú, querida hermana! (*A dió, con Irene.*) Ya que en este abrazo se calman nuestros dolores, reviva Roma en nuestros pechos. Tú, Roma, nos llamas á tu servicio; fieles te seremos hasta el postrer aliento.

RIENZI.—¡Adiós! voy á arengar á esos rebeldes; quiero, por un esfuerzo supremo, salvar á este pueblo de la muerte. *(Sale.)*

ESCENA III

IRENE, ADRIANO

(Cuando se dispone Irene á salir, aparece Adriano sumamente agitado, empuñando una espada.)

ADRIANO.—¡Qué veo! ¿Irene? ¿Cómo! ¡aún estás en este lugar maldito?

IRENE.—¡Día de horror! ¿quién te llevó á esta pura y santa mansión? Vete.

ADRIANO.—¡Ah! ¿qué has dicho? ¡calla! ¡Ven, la ciudad está sublevada! ¡huyamos, alejémonos los dos!

IRENE.—¡No! ¡no! ¡aquí me quedo, en este último refugio del honor! ¡Vete tú, traidor, alma vil! ¡no... ya no te amo!

ADRIANO.—¡Demasiado he luchado en mi dolor contra el ardor que me devora! ¡Irene! ¡te lo ruego! ¡me juraste fidelidad y nunca he dudado de ti. ¡Mi jura-

mento era sincero; dije que sería tuyo hasta la muerte y que rompería todo lazo que me apartase de ti. Cumple á tu vez tus promesas. ¡La muerte se aproxima! llegó el momento... ¡Tu hermano, maldecido por Dios, por todo el mundo y en todo lugar! El pueblo conoce su perfidia. Sitiado está el Capitolio y por fin mi padre será vengado por el asesinato y el incendio! En breve, tu hermano sucumbirá. ¡La muerte se acerca! ¡su voz me llama! ¡va á sonar la hora fatal! Puesto que soy fiel á mis promesas, cumple tú las tuyas.

IRENE.—¡Vete, pérfido! ¡el infierno hierva en tu corazón! ¡tu presencia me horroriza! ¡Yo seguirte... yo... ¡ah! ¡no lo esperes! ¡ó bien me llevarás muerta y fría! (*Óyese gran tumulto. El resplandor de las llamas ilumina las ventanas, cuyos vidrios caen á pedradas.*)

ADRIANO.—¡Llegan! ¡Dios mío! ¿ves esas llamas! ¡Irene! ¡piedad! ¡ven, alma mía!

IRENE.—¡Traidor! ¡no, no, nada temo! ¡Dios me atiende! ¡vete, huye de mí!

ADRIANO.—¡Ah! ¡si sucumbes, Irene... también muero yo! ¡Huyamos, ven, alejémonos ya!

IRENE.—Vete; te aborrezco; moriré libre.

ADRIANO (*queda anonadado; al poco rato, vuelve en sí*). —¡Pues bien! ¡te seguiré hasta la muerte! *(Sale.)*

CUADRO SEGUNDO

La plaza grande, frente al Capitolio.—En el fondo la fachada y la vasta escalinata

ESCENA I

Pueblo; después RIENZI

(El pueblo amotinado corre de una á otra parte con armas y antorchas, asediando el Capitolio.)

CORO.—¡Venid! ¡venid! ¡acudid todos! ¡caiga á nues-

tros golpes y cúmplase el decreto de Dios por el hierro y por el fuego! ¡Está excomulgado! ¡No haya clemencia! ¡no! ¡En el Vaticano ruge el trueno! ¡Muera el tirano!

RIENZI (*pareciendo en la terraza*).—¡Pueblo! ¡soy yo! ¡has de escucharme! ¡lo quiero!

TODOS.—No le escuchéis.

RIENZI.—¡Abrid los ojos, indignos hijos de nuestros abuelos!

TODOS.—¡Muera! ¡muera!

RIENZI.—¡Romanos, que deseáis exterminarme! Hice de vosotros un pueblo fuerte, y vosotros, ingratos, olvidáis el santo pacto que nos une. ¡Oh fe romana, vana fe, pisoteada por el pueblo rey!

TODOS.—¡No le escuchéis! Cúmplase por el hierro y por el fuego el decreto de Dios.

RIENZI.—¡Oh pueblo! ¡ciego furor! ¡perezca por tus manos el último de los romanos y acaba tu obra; cúmplanse tus destinos.

ESCENA II

Los mismos, IRENE, ADRIANO; luégo los nobles

(*Irene corre al encuentro de Rienzi. Las llamas invaden el Capitolio.*)

ADRIANO (*llegando*).—¡Irene, gran Dios! ¡piedad para ella!

CORO.—¡Adelante! ¡mueran!... ¡mueran los tiranos!
(*Adriano se precipita hacia Irene. La columnata se desploma. Los nobles se presentan y contienen al pueblo.*)

FIN DE RIENZI

EL BUQUE HANÓVSIA

ÓPERA EN TRES ACTOS